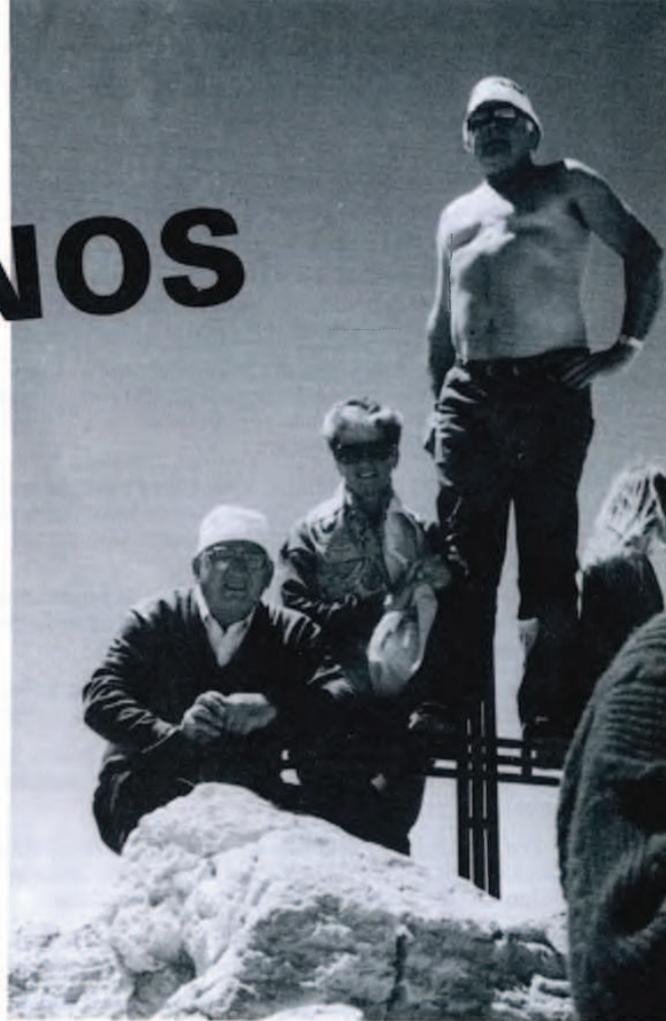


RENTERIANOS EN EL TEIDE

JESUS GUTIERREZ



EL Teide nace en Puerto de la Cruz, a la altura del mar, y sube en pronunciada pendiente hasta los 3.718 metros.

El Teide, visto desde Puerto de la Cruz, no es un monte ni un volcán: es un desafío.

En esta mañana fresca de abril, el Teide presenta todavía unos arañazos de nieve.

El cielo está azul. La atmósfera, límpida. Sólo un frente de nubes grises asoma a lo lejos, en el mar, hacia el norte.

No hay viento. Eso es importante para que funcione el funicular. Y hoy, como ayer, se formará para media mañana una corona de nubes que tapaná la vista del gigante. Las nubes se agarrarán a la ladera, mientras en Puerto de la Cruz lucirá radiante el sol.

Ya se ha formado la nube.

La nube, que en el Vesubio (1.100 metros) es una boina, en el Teide es una falda de volantes de bailarina, que no le llega a tapar ni siquiera las rodillas.

El autobús va reptando por la carretera tortuosa y empinada, asomándose a barrancos que dejan ver, a lo lejos, las anchas hojas de las plataneras.

A mil metros de altura, parada de aclimatación. Estas paradas de estos viajes organizados por agencia son siempre, simple coincidencia, junto a un bar. En el bar venderán postales, perfumes y, cómo no, bordados de las islas.

Un poco más arriba de los 1.000 metros comienza la nube. Lo que era de lejos nube, ahora es, simplemente, niebla. Mera cuestión de punto de vista.

A partir de los 1.200 metros, dentro todavía de la nube, comienza la zona del pino canario.

Los preciosos balcones típicos que hemos visto están hechos con madera de tea, procedente de estos pinos. Ahora está prohibido talarlos, ya que de estos pinos depende el agua y, consiguientemente, la supervivencia de la isla.

Los pinos nacen solos. Únicamente la mano del hombre sería capaz de acabar con ellos. Ni siquiera los incendios les afectan. Tienen varias capas de corcho en la corteza que los defiende del fuego. Quedará el tronco ennegrecido, pero vivo el árbol.

Hemos dejado la niebla atrás. Hemos parado a 2.000 metros para una segunda aclimatación. Desde aquí la niebla vuelve a ser nube, nube blanca, algodón purificado por el sol.

Y, hacia arriba, la escoria. Escoria negra, roja, blanca. Caprichosa lava de volcán. Caprichosa en colores y formas.

Paisaje de desierto donde viven, sin embargo, las retamas.

Algún abeto sienta, tímidamente, las bases de un futuro bosque.

Y unos alhelios del Teide saludan nuestro paso acunados por la brisa.

El autobús sigue su cansino viaje.

¿Qué es aquel edificio que, con su blanco insultante, destaca entre las lavas rojas, negras, pardas?

Es el Observatorio Astrofísico Internacional. La mayor parte de los países europeos efectúan sus observaciones desde aquí.

Aquí el cielo es límpido, transparente, químicamente puro. Aquí no empaña la visión el vapor de agua que más abajo es nube, es niebla, es algodón.

Entramos en Las Cañadas, parque nacional. Las Cañadas son una barrera circular de montes acantilados. Tienen 54 kilómetros de circunferencia. En realidad se trata del cráter, enorme cráter, de un volcán.

En el centro de ese cráter, como una torre de ajedrez de 1.700 metros, asienta el Teide sus pies de lava. Otros volcanes menores asoman aquí y allá tímidamente en un paisaje atormentado.

El autobús para, al fin, en una especie de ascendente plazoleta triangular. En lo más alto (y más ancho) de la plazoleta, asienta sus bases el artilugio del funicular.

Tenemos suerte. La cola es hoy muy pequeña. Sólo nos costará una hora de espera el montar en la roja cabina.

El teleférico (más que funicular) tiene su base a 2.356 metros y nos llevará hasta los 3.555 (1.200 metros menos uno).

Por la placita se extiende un agradable aroma de galletas. ¿Será el olor propio de la altura? ¿O el de los volcanes? Es un dulce, cálido, incomprensible aroma de galletas.

Mientras hacemos tiempo en la cola, vamos comentando la información que nos ha ido dando el guía en el autobús.

El Teide es un volcán del tipo del Krakatoa. No es de erupción, sino de explosión.

Mientras el gas sulfuroso vaya escapando de las grietas no existe peligro de explosión. Sólo si un hipotético terremoto cerrase las grietas sobrevendría, a un plazo más o menos fijo pero inapelable, la explosión.

La isla se partiría en dos, y luego desaparecería bajo las aguas del Atlántico.

Tan triste panorama se ve suavizado por este dulce, avainillado, enervante aroma de galletas.

Desde aquí no se ve la cumbre del Teide. Ni siquiera la estación superior del funicular. Sólo los postes, y los cables, y las dos cabinas rojas (una que sube, descendente la otra) llenas de rostros planos aplastados contra los cristales.

Cada cabina lleva dos cables. Uno grueso, fijo, sobre el que se deslizan las ruedas de las que penden las cabinas, y otro más delgado, que sirve de tractor, que hace deslizarse a las cabinas sobre el cable grueso, que es atraído hacia la respectiva estación por alguna fuerza mecánica.

Vamos llegando a la taquilla expendedora de billetes.

Vemos ya el interior del recinto. Hay su correspondiente tienda de bordados canarios, su inevitable bar. Y en un fogón, sobre la chapa caliente, una tinerfeña, tocada con el traje típico de la isla, soasa unos deliciosos rellenos, culpables del sabroso, dulce e intermitente aroma de galletas.

Una vez dentro del recinto y con las entradas en la mano, la espera se suaviza con un vídeo sobre el Parque Nacional, que podemos contemplar en un aparato de televisión.

Paisajes maravillosos, naturaleza salvaje, color. Sobre todo, color. Y luz. Y una prosaica recomendación: está prohibido llevarse una piedra, una planta, una flor...

Dentro de la cabina cabemos unas 30 personas. La cabina se desliza con suavidad, en ángulo empinado más que inclinado. Sólo al llegar a los postes se produce una especie de frenada que hace oscilar sobre el vacío a la cabina como una barquilla de globo aerostático.

Gritan algunas mujeres. Volverán a gritar en cada poste, mientras la cabina sigue, imperturbable, su camino.

Es mi hermano Juan José el que me hace la observación: desde dentro de la cabina se ve el cable grueso, el cable fijo, desplazarse a considerable velocidad. Mientras, el cable móvil, el que arrastra la cabina, permanece fijo. ¡Quién pudiera ser filósofo para hacer unas atinadas observaciones sobre la relatividad de nuestros puntos de vista!

Ya estamos a 3.555 metros de altura.

De aquí a la cumbre (sólo 163 metros) queda la pelada cresta, la empinada pirámide blanquecina que llaman «El Pan de Azúcar».

Se ve una fila de gente que sube por un pedregoso, empinado y estrecho camino, mientras otra fila baja.

Algunos se quedan por los alrededores de la estación del funicular sin atreverse a subir.

Nosotros comenzamos la ascensión valientemente, pisando firme los escalones de piedra del camino-escalera preparado, viendo a derecha e izquierda los carteles que indican «No se desvíe del camino».

Enseguida un incomprensible cansancio me invade y comienzo a respirar con jadeos. Pido a mis compañeros que me esperen y me siento a descansar sobre una roca. ¿Serán los años, las grasas, o el desentrenamiento? ¿Será la altura y la falta de aire?

Desde el borde del camino, un enorme lagarto gris (camuflaje perfecto) nos mira con sus saltones ojos asustados.

Esto de los descansos habrá que repetirlo varias veces más. Aunque hay gente que se vuelve desanimada (mareos, náuseas, conatos de desvanecimiento), nosotros queremos llegar a la cima a cualquier precio.

Oculto celosamente a mis compañeros el par de pequeños mareos que me han afectado, no sea que intenten hacerme regresar.

A veces tenemos que agarrarnos a una roca para dejar paso a la gente que baja por el estrecho sendero.

Algunas veces, del borde del camino (una de ellas del mismo centro), brotan gases sulfurosos de alguna rendija. Entonces la respiración se vuelve penosa, pero se deja pronto atrás el mal paso.

Los 20 minutos previstos de ascensión se convierten seguramente en más de media hora.

Pero la cumbre se va acercando, está cerca, se encuentra ya al alcance de la mano.

Y en la cumbre, la cruz. Una cruz esquemática de hierro sobre la que se encarama mi hermano en señal de triunfo.

Y después, la foto para la posteridad.

Luego, olvidando los gases sulfurosos que brotan a nuestros pies, el regocijo del paisaje irrepetible.

La ladera del volcán.

El mar de nubes, allá muy abajo, extenso campo de algodón a punto de cosecha.

El ancho cinturón de Las Cañadas, cárcel inútil del gigante inmóvil.

Las islas cercanas de Gran Canaria, La Gomera, La Palma.

Y, arriba, el sol.

El sol, trasunto del fuego escondido a nuestros pies, clavado por un momento en el cielo azul, luminoso, cálido, indiferente...